



ANDANZAS EN LAS INDIAS
DEL MAR OCÉANO

(en el año del nacimiento de nuestro Señor
Jesucristo, de mil y quinientos y sesenta)

Jesús González Cieza

ANDANZAS EN LAS INDIAS
DEL MAR OCÉANO
(en el año del nacimiento de nuestro Señor
Jesucristo, de mil y quinientos y sesenta)



Primera edición: junio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús González Cieza

ISBN: 979-13-88195-70-9

ISBN digital: 979-13-88195-71-6

Depósito legal: M-13667-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedico esta novela a mi mujer por su aliento e inagotable paciencia conmigo mientras en nuestra casa escribía y luego revisaba y revisaba y revisaba sus páginas. A mi padre por hacer, de «trociitos» de la Historia, maravillosos cuentos en mi infancia, a mi madre por su cariño que siempre me ha acompañado, y a todos aquellos que, a pesar de sufrir con su lectura la torpeza de mis textos, me han dado acertadísimos consejos animándome y mejorando esta narración.

También deseo dedicársela a todos aquellos que viajaron a Las Indias Occidentales en busca de fortuna y de un futuro mejor. En especial a aquellas buenas personas que lucharon por encontrarla pero no lo consiguieron. En su recuerdo.

Original: Madrid - Calafell (Tarragona), enero 2020 - mayo 2023
Sabios y juiciosos consejos editoriales: octubre 2023 - enero 2025

«(...) y gastado en Las Indias del mar Océano
tiempo de más de diez y siete (años)
muchos dellos en conquistas y descubrimientos (...)».
Del proemio de la *Parte primera dela chronica del Peru* obra de
PEDRO DE CIEZA DE LEÓN impresa en 1553.

16 de enero de 1560. Hace cuatro años que Carlos I firmó en Bruselas la escritura de cesión de la Corona de Castilla en favor de su hijo, el ahora rey Felipe II, monarca de los Reinos Hispánicos, Sicilia y las Indias.

Como su padre, se enfrenta a demasiados enemigos. Los Países Bajos y la reforma protestante, Francia, Inglaterra, el imperio otomano, la piratería berberisca. A momentos, Portugal. Incluso el propio papa no es precisamente su amigo.

Enormes contrincantes para dolorosas y cruentas guerras. Dedicada a ellas todos los ingresos que consigue, incluidas las riquezas de las nuevas tierras de Las Indias.

Cuántas esperanzas generadas entre el pueblo llano por esos nuevos horizontes. Creen que allí encontrarán fortuna, que allí abandonarán su pobreza.

Una quimera para la mayoría. Solo muy pocos la alcanzan, solo a esos pocos la aventura les brinda la oportunidad de rehacer su vida. Y además, algunos de ellos, consiguiendo ocultar su pasado.

Año 1560. Esta es la historia de dos de esos viajeros. Sus caminos se entrecruzarán. Uno desea una vida mejor. Otro solo anhela esconderse. Llegar al final de este libro permitirá al lector saber qué les deparaba su destino.

JESÚS GONZÁLEZ CIEZA

CAPÍTULO I.

LA HUIDA

Desde hace tres jornadas las callejuelas del Arenal, el puerto de Sevilla, junto al río Guadalquivir, me esconden. Observo las naves que se preparan para partir. Debo irme muy lejos, lo más lejos posible.

No es una collación¹ recomendable. Por ser un barrio portuario son incontables sus cantinas, garitos y mancebías y eso atrae a la gente de peor calaña. Su mundo es el de los pícaros, los bribones, los pendencieros, las putas a los que se unen los marineros recién desembarcados. Cualquier insulto, cualquier mirada mal interpretada puede ocasionar una pendencia, una reyerta y, en múltiples ocasiones, un posible pinchazo sangriento en el vientre.

Estoy atento para abandonar la penumbra con la que he procurado convivir estos tres últimos días. Aunque decidido, noto mis nervios en tensión. La caída del atardecer me ayudará en mi intención de pasar desapercibido.

He merodeado por las tabernas y escuchado las conversaciones, pues el vino desata las lenguas. Así he conocido que el *Argonauta*, una nao de ciento cincuenta toneladas, saldrá este próximo amanecer con rumbo a Las Indias. Qué mejor lugar para desaparecer.

Me encamino hacia el muelle, donde está amarrada la embarcación, con mi ligero petate al hombro. En su interior solo dos camisas desgastadas que en su tiempo fueron blancas, un par de oscuras calzas en peor estado todavía, un viejo sobretodo áspe-

¹ Antiguos nombres de los barrios en Sevilla.

ro y raído y unos calzones llenos de remiendos. Haciendo base, dos pequeños libros y un cuaderno que son mis tesoros. En una cartuchera de cuero, colgando de mi deteriorado cinturón, dos valiosos reales de plata y algunos míseros maravedís. Junto a ellos una pequeña piedra de afilar y mi navaja de dos cuartos, estrecha, puntiaguda y muy afilada. Desde hace tres años, mi inseparable compañera de vida.

Mis pasos se hunden en la arena del puerto, pues casi parece una playa. A mi derecha, el muelle de La Aduana, casi pegado a la Torre del Oro, para las naves mayores. El único que cuenta con un ingenio para la carga y descarga de mercancías de gran peso. A mi izquierda, lejano, próximo al puente de barcas de Triana, el del Barranco y frente a mí, al que me dirijo, el muelle del Arenal.

Mientras camino dos hombres aparecen a mi derecha en mi dirección. Son dos alguaciles de la poderosa justicia del rey Felipe. Mi corazón se acelera pero intento seguir a mi paso. Cuando nos cruzamos les dejo superarme, casi con una reverencia. Uno me dirige una mirada torva pero el otro sigue adelante sin pararse, parecen estar a la caza de otro fugitivo. El sudor recorre mi espalda, sé que si permanezco en la ciudad terminarán atrapándome. Y tengo la seguridad de que, entonces, mi vida ya no valdrá nada.

Me sereno y busco la tranquilidad antes de pisar los tablones del muelle. Hasta hace cuatro días mi existencia no era la mejor del mundo, pero era satisfactoria. A mis diecisiete años me pregunto cómo la vida se puede complicar tanto por una mujer, tanto como para tener que huir.

Mientras espero a recuperarme, mi mente me trae recuerdos de mis andanzas por la que hasta hoy, aunque pienso que ya nunca más, ha sido mi ciudad.

Me llamo Gonzalo Tejedor y nací en noviembre del año 1542 en la urbe cosmopolita que ahora voy a abandonar. Sé quién fue mi madre pero no así mi padre. Según me contó ella, era un buen hombre pero desapareció a la semana de yo nacer. Demasiada responsabilidad debió pensar el cabrón de él.

Los primeros once meses me criaron entre mi madre y mi abuela, pero a esta los años se la llevaron y mi madre, sola, no pudo hacerse cargo de mí. Por eso, imploró en el hospicio, en La Casa de Expósitos, que me acogieran y educaran mientras ella se ofrecía para hacer, muy baratas, las tareas de lavandera de sus hábitos y ropas de cama.

Allí estuve hasta los catorce años pues, como parecía espabilado, los frailes recoletos me enseñaron a leer y a escribir y las reglas básicas de sumar y restar. A cambio ayudaba en misa todos los días y, de paso, tenían gratis una ayuda en sus tareas domésticas. Pero a los catorce ya no pudieron sufragar mi manutención y me enviaron a la calle, a vivir como pudiese.

Y vaya que aprendí a vivir. Aprendí de lo que vi. Sobre todo, a pedir. Cuántos mendigos nos disputábamos las limosnas. Conocía todas las iglesias de Sevilla, cada misa, y cuáles eran a las que más feligreses acudían: la catedral con su antiguo alminar musulmán ahora convertido en campanario nombrado por el pueblo «la Giralda», la parroquia de Santa Ana que alberga la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza de Triana, una de las más queridas por los sevillanos, la de San Luis y tantas otras.

Y de paso aprendí a afanar y por obligación a defenderme. También hacía pequeños escritos para personas que me lo solicitaban (cartas de amor que los clientes aprendían de memoria para recitarlas, alguna pequeña poesía con la misma finalidad, incluso algún pequeño documento contractual). Así no se me olvidaba lo que me habían enseñado los frailes de la escritura. He de decir que tenía y tengo muy buena letra.

Con todo ello, más lo que «despistaba» y las limosnas, me sacaba una especie de sufrido jornal que me permitía tener una diminuta habitación, casi altillo, en un corral de vecinos en la calle Alcázares. Allí tenía guardadas mis pocas pertenencias y mis mínimos ahorros.

Pero un día el amor vino y me cegó. Quién no se ha enamorado a los diecisiete años. Un domingo, quince minutos antes de las doce llegó a la puerta de la catedral una litera preciosa, ajustada

entre dos caballos negros zainos espléndidos, de pulida madera oscura perfectamente abrigantada. El sol resplandecía sobre ella. Tras pararla frente a la entrada de la catedral, un lacayo vestido de rojo y blanco saltó del caballo delantero y corrió a extender un pedazo y abrir la puerta de pasajeros y del interior surgió un ángel, la joven más bonita que en el mundo exista y vaya a existir.

Qué guapa era, embobado me quedé mirándola. Entró a la iglesia y permanecí inmóvil en mi sitio hasta que retornó al exterior, una hora más tarde. Solo pude contemplar su belleza un instante, pues de inmediato marchó.

Disfruté de su lozanía los tres domingos siguientes y el último, a su salida de misa, mientras tapaba parte de su rostro con el abanico, cruzamos nuestras miradas y sus ojos se iluminaron pícaramente. Mi corazón se paralizó y decidí que para el siguiente me presentaría y conquistaría su querer. Indagué y supe que era Inés, la hija única del marqués de Villa Manrique. Mucho tronío pero no por ello me achanté.

Para ese día me acicalé. Me lavé la cara, acto que realizaba a menudo, pues los frailes me habían educado en la limpieza personal, ocurrencia muy rara en mis tiempos. Me atusé el pelo frente a un espejo roto donde practiqué mi mejor sonrisa, la que sé que hace resplandecer de brillo mis bonitos ojos verde azulados.

Vestí mi delgado cuerpo, de casi dos varas de altura, con mis mejores galas, aunque tampoco tenía mucho donde elegir. Y busqué hacerme, por no decir hurtar, con un oloroso perfume en un puesto de la plazuela de El Salvador. Quería ser el que mejor oliese de los congregados en la puerta de la catedral.

Esperé a que el dueño del tenderete mirase para otro sitio. En ese momento, cogí en mis manos el más caro, uno que costaba un real de a ocho, pensando que sería el de mejor fragancia. Me di la vuelta con disimulo alejándome con el frasquito en la mano cuando el hombre me vio y empezó a gritar: «¡Al ladrón, al ladrón!». Corrí con desespero pero un transeúnte entrometido me puso una zancadilla. Fue caer de bruces y el delicado recipiente, resbalando de mis manos, chocó contra el suelo y se rompió.

En ese momento, y debido a las exclamaciones, aparecieron dos alguaciles por la esquina que iba a doblar. Me cogieron en volandas por los brazos, sujetándome. En el forcejeo, empujé a uno de ellos, por su blanco pelo ya mayor, cayendo este al suelo. Sonó duro el golpe y tras él puede verle sobre el pavimento desvanecido, inerte.

Al pronto, por los gritos, se acercaron otros dos alguaciles. Entre los tres me consiguieron inmovilizar llevándome a rastras a la Cárcel Real de la calle Sierpes. Allí, por atenuar mi seguro castigo, les juré ser menor asegurando no haber cumplido todavía los dieciséis años. El desasosiego me carcomía, desconocía en qué situación se encontraba el alguacil herido. Su inmovilidad en el suelo atormentaba mi mente.

Mis circunstancias fueron a peor. Sentado en un taburete de madera desvencijado en la semioscuridad de un despacho, presencié cómo su superior preguntaba a mis captores:

—¿Este no tendrá nada que ver con el robo de hace cuatro días de las joyas de la Virgen de los Reyes?

El más robusto con mirada muy hosca le respondió:

—Quizás no tenga que ver, alcaide, pero a lo mejor ha oído algo en los arrabales donde seguro vive que nos pueda servir de ayuda. Tendremos que «enderezarle», ya me entiende, para ver qué nos puede decir —y me dirigió una mirada que me hizo temblar.

Me asusté. Hacía cuatro días, como ellos señalaban, que en la catedral de Sevilla se había realizado un robo que tenía a todo el mundo desorientado, perplejo. Habían robado las joyas de la Virgen de los Reyes de la Capilla Real donde se la veneraba.

Joyas de muy alto valor, de fácil trapicheo. Oro, plata, collares de perlas, gemas. Eran las donaciones de gente de muy alto abo-lengo pero también de muchos devotos no tan ricos que le agradecían favores recibidos. Estos últimos, en muchos casos, habían realizado la ofrenda tras un sacrificado esfuerzo económico. Por eso, el pueblo de Sevilla, tras haberse conocido el robo, estaba muy furioso. Querían que los alguaciles encontraran al culpable y estaba claro que me iban a apretar para conocer qué podía saber. ¡No

sabía nada! «¡Por favor, Dios mío, ayúdame, te lo suplico!», gritaba interiormente.

En estas, se presentó el vendedor reclamando a gritos quién le iba a resarcir del costoso perfume y en ese momento presentó una denuncia contra mí. Mis problemas se acumulaban.

Los alguaciles la redactaron, el comerciante la firmó y a mí me trasladaron, por crearme menor y hasta que mis carceleros decidiesen someterme a interrogatorio o la justicia dispusiese qué hacer conmigo, al cercano convento de los padres trinitarios.

Estos eran famosos por su dureza. Los chavales que vivían en la calle sabían de sus violentos y dolorosos castigos físicos. Y yo no estaba dispuesto a aguantar ni los correctivos de los frailes ni los golpes de los alguaciles, que seguro tampoco iban a ser menores. Al segundo día de estar allí recluido, en un descuido del fraile custodio, escapé. Sabía que ya era imposible para mí seguir en Sevilla.

Empecé a planear mi huida. Fui a mi altillo en la corrala de vecinos y me llevé mis escasas posesiones. Me acerqué al puerto pues, en las fechas que estábamos del mes de abril, posiblemente partirían algunas naves hacia el Nuevo Mundo, hacia La Española y Cuba. Tenía que conseguir huir en uno de esos navíos.

Y así, escondido por las mañanas y rondando en los atardeceres por las cercanías al río he tenido noticia de la nao que partirá mañana, martes², 30 de abril de 1560, hacia Las Indias. Ahora mismo se encuentra amarrada en el muelle en pleno trasiego para ultimar el inicio de su andadura, que se producirá a las cinco de la mañana, al alba, con la pleamar.

Me dirijo hacia un hombre pequeño y regordete, curtido por el sol. Lleva rato dando instrucciones a varios marineros. Habla y señala con la mano a la nao de nombre *Argonauta*. La miro y la verdad es que su visión me hace sentir vulnerable, inseguro, pero

2 En 1582 se reemplazó el calendario juliano por el gregoriano. Por dicho motivo ese año se eliminaron diez días. En concreto del 5 de octubre al 14 de octubre. Pero los días de la semana siguieron en la forma correcta. Al jueves 4 de octubre siguió el viernes 15 de octubre. Debe tenerse en cuenta esta circunstancia para adecuar que el 30 de abril de 1560 fue martes.

no tengo otra elección. Me acerco a él intentado trasladar la mayor tranquilidad posible.

—Hola, buenas tardes, señor capitán —le hablo lo más cortésmente que puedo sin que me tiemble la voz. Tentado estoy de darle el tratamiento de almirante pero tampoco quiero excederme.

—No me molestes —responde con una voz grave y profunda, alejándose con un gesto despectivo de su rechoncha y sebosa mano.

—Por favor, atiéndame. Necesito de su ayuda y quizás a usted le pueda venir bien lo que quiero proponerle —le vuelvo a hablar con voz más suplicante.

Sus ojos me revisan de arriba abajo y con voz desapacible me responde:

—Dime rápido qué deseas.

—Capitán, quiero ofrecirme para ser grumete en su nave. No sé mucho del oficio, pero le juro que soy muy trabajador y obediente. No se arrepentirá.

Ahora su mirada parece evaluarme, ¿qué sopesa? ¿Mi fuerza física? ¿Mi juventud? ¿Mi inexperiencia? Se toma su tiempo para responderme.

—Pudiera ser. El mal hijo de su madre que tenía acaba de abandonar. Quizás me venga bien tu propuesta. Si me demuestras ser un buen grumete, al final del viaje te pagaré algo. Quizás por todo el viaje te pague un escudo de oro pero, si lo haces mal, no recibirás nada. Solo te llevaré si aceptas esa condición.

Me quedo pensativo. El hombre sospecha mi situación y se aprovecha. Miserable. Con mis chapuzas conseguía sacar ese dinero en solo dos semanas, aunque debía buscarme mi alimento. No me queda otra que someterme pero busco mejorar, le propongo algo más.

—También lo acepto por mi parte, pero quiero su compromiso de que si hago muy bien mi trabajo me ascenderá a lo más bajo de la marinería y así podré cobrar un salario superior.

Me mira estupefacto, atónito, incrédulo y, tras su sorpresa, suelta una carcajada tan fuerte que resuena en todo el espigón.

—¡¡Pero habrase visto el mequetrefe!! Pues no piensa ya en ser marinero. ¡No te quedan años todavía! Tira, sube a la embarcación y ayuda allí a los que están cargando. Habla con Dionisio y dile que vas de mi parte, de parte de don Miguel. Dile que eres el nuevo grumete —me doy la vuelta para dirigirme a la nave cuando me llama de nuevo—. Eh, jovenzuelo. Dime tu nombre para ponerlo en los papeles que me piden las autoridades del puerto, los de la Casa de la Contratación.

Y en ese momento decido mi nuevo apellido. Mantengo mi nombre, Gonzalo, que no es cosa de cambiarlo ahora, pero en ese segundo decido que mi apellido, a partir de ese instante, será el del prior del hospicio, fray Juan Ulloa, que siempre me trató con benevolencia y consideración.

—Me llamo Gonzalo Ulloa.

—¿Y de dónde vienes? ¿Tienes familia?

A pesar de mi extrañeza ante esta última pregunta, le respondo:

—De Écija, señor capitán —y aquí empecé a inventar—. Vivía con unos tíos, pues a mi padre no lo conocí, ¡que el diablo se lo lleve! Y al morir mi madre hace ya un año me fui a vivir con ellos pero el huerto no da para tanto y no quiero ser más carga para mi familia. Hace unos días les dejé una nota, pues se leer y escribir, y me vine a Sevilla en busca de mi futuro. Y creo que está en las nuevas tierras de allende el mar Océano.

—Entonces, ¿no tienes a nadie más?

Me empieza a molestar tanta indagación. «¿Alguna intención oculta en esa pregunta?», se cuestiona mi mente.

—No, a nadie —respondo secamente.

—Ve a la nave. Y deja de llamarme capitán. Tan solo soy el contramaestre. Para ti, el señor contramaestre don Miguel.

Me doy la vuelta y mientras recorro el espigón, sobre el cauce del río Guadalquivir veo perfectamente la silueta de la embarcación.

CAPÍTULO II.

LA NAO ARGONAUTA

Ahora, tan próximo a la nave, me impresiona su robustez. De inicio, me parece de unas considerables dimensiones. Su aspecto, tal como está, me recuerda un esqueleto pues, al hallarse todas las velas recogidas solo observo sus tres grandes mástiles cruzados por las poderosas vergas. Una fascinante imagen que queda grabada en mi mente para siempre.

Su madera, de un oscuro color marrón, se irá confundiendo con el atardecer a medida que este vaya cayendo. Según pase el tiempo solo vislumbraré sombras. Una incipiente aprensión toca mi corazón.

Como aprenderé en este mi viaje de iniciación, la medida de punta a punta de la nao (pronto me enseñarán a llamarla «eslora») la recorro en treinta y seis pasos, aunque la dimensión de la cubierta, que será mi espacio habitual, la cubro en veintidós. Queda fuera de mi alcance el castillo de popa, lugar de vida del capitán y a veces del contra maestre.

De lado a lado (también me enseñarán a llamarla «manga») la distancia es de once pasos. Ya me daré cuenta de lo escaso que es todo a lo largo del viaje. Mucha gente para tan poca superficie³.

Sus mástiles me intimidan. También aprenderé sus nombres bien pronto. Al centro, el palo mayor. Hacia la proa, delante de él, el palo de trinquete. Y hacia popa, tras él, el palo de mesana. Sus

3 Supone prácticamente 120 metros cuadrados para convivir 30 personas.

alturas, medidas a partir de la cubierta, son considerables, entre ocho y trece cuerpos⁴.

Todos ellos cruzados por sus vergas. A lo largo de ellas y en sus finales veo las sujeciones que retienen las velas. Sus extremos sobresalen varios pies de los laterales de la nao, sobre la ahora mansa superficie del agua del río.

Me pregunto si deberé encaramarlas en algún momento y, decididamente, espero que no. Me parece imposible que alguien pueda ser capaz de trepar hasta ellas y hacer o deshacer esos nudos, extender las velas y, sobre todo, recogerlas. Un trabajo muy esforzado, manual e inseguro, que no me atrevo a pensar en lo que puede suponer en momentos de mala mar.

Al mirar a *Argonauta* siento temor ante lo desconocido, miedo ante cómo será mi nueva vida. Ayuda mucho a mi intranquilidad saberme perseguido por la justicia. Quiero vivir libre. Soy joven y siento que mi viaje me va a sorprender. Nuevas personas a conocer, nuevas costumbres, seguro que nuevos quehaceres. Espero que la fortuna me sonría allá donde voy.

Subo a la nao, observando de refilón las fuertes maromas que la sujetan al espigón, a través de unas planchas anchas, de recia madera, con peldaños desvencijados. Han permitido a los estibadores del puerto almacenar en su interior todas las mercancías que vamos a transportar. Cuando al final de las planchas accedo a la cubierta, descubro algo inusitado.

Está ocupada casi por completo, por marineros moviéndose y por enseres y mercancías, circunstancia que puedo entender, pero también por jaulas y vallas hechas con tablones donde descubro animales vivos que provocan un gran alboroto. No me creo que estos vayan a ser nuestra compañía durante la travesía. ¿Qué razones hay para llevarlos con nosotros? ¿Su venta? ¿O acaso será, quizás, para alimentarnos con ellos durante la navegación?

Veo jaulas con gallinas (diez más un gallo que se encargará de animarnos las madrugadas). Veo también dos cerdos muy negros

4 Una altura de entre 13 y 21 metros.

(con posterioridad descubriré que son un macho y una hembra de la dehesa extremeña); una vaca y su ternero, ambos de corto y áspero pelo de un llamativo color marrón claro (me pregunto cómo llevarán a un toro semental) y una mula parda enorme. Pues sí, animado va el navío.

El olor del río a humedad y a vegetación, el del propio barco a madera y a brea, el de los animales a su cuerpo, a sus orines y excrementos, y el propio de los hombres, a sudor y suciedad, provoca un intenso olor muy extraño, mitad a naturaleza, mitad a pestilente hedor. Con el tiempo comprobaré que el segundo, bastante desagradable, reinará durante la mayor parte de la travesía.

El ruido también es bastante escandaloso. Las voces altas de la tripulación, los sonidos de los animales, incluso los *quejios* de la madera de la nao.

La verdad, estoy muy asombrado. No esperaba encontrarme nada de todo ello.

A pesar de las horas, el trabajo es frenético. La partida esta próxima y hay que dejar todo bien recibido en la nave.

Intento localizar a Dionisio, la persona que me ha indicado el conremaestre.

—A la paz de Dios. ¿Es vuesa merced el señor Dionisio? —le pregunto a un marinero no muy alto, de amplias espaldas y brillantes ojos azules que parece llevar la voz cantante en el grupo que le rodea.

—Más quisiera yo que ser ese. Es aquel que está en la escalerilla de popa, con cara de serio. Y déjanos trabajar —me contesta con un arisco tono de voz.

Me dirijo a quien me ha señalado, un hombre de cuarenta y muchos años, bajito, con la cara roja y rechoncha llena de arrugas provocadas por el sol y el viento. De nuevo saludo.

—A la paz de Dios. ¿Es vuesa señoría don Dionisio?

—¿Y quién me lo pregunta?

—El nuevo grumete de la nave. Me envía don Miguel, el conremaestre. Me ha ordenado presentarme a usted, señor —le digo mientras intento poner mi cara más angelical.

—Echa una mano a esos hombres —y me señala el mismo grupo al que he preguntado—. Baja con ellos a la bodega y revisad que todo queda bien atado. Nada debe estar con holguras. Si algo se rompe, te partiré la crisma y te lo descontaré de tu miserable sueldo. Así, al final del viaje, me deberás dinero —y una desagradable risita sale de su ronca garganta.

Me acerco de nuevo a la cuadrilla indicada que seguro ha oído sus instrucciones.

—Ya tienes faena, novato —la aspereza al hablarme en la voz del marinero que antes me contestó no ha disminuido—. Vamos para abajo, a terminar de revisarlo todo.

—Mi nombre es Gonzalo, para servirle en lo que usted me mande —le digo intentado suscitar un cierto acercamiento en nuestro trato—. Y disculpe, pero ¿dónde puedo dejar mis escasas pertenencias? Para nada deseo dejarlas por aquí sin ninguna vigilancia, son muy preciadas para mí, son lo único que poseo —le pregunto con tensa preocupación.

Con mala cara y casi sin mirarme, responde dirigiéndose a otra persona:

—Arturo, vigila este petate, que nadie lo toque —le dice a quién está trajinando en el fogón, parece que ocupado en prepararlo para asentar en él un perolo de pitanza. Dada la instrucción, se vuelve hacia mí y me indica—: Y tú, anda, tira —y me da un recio manotazo que casi me hace caer al suelo.

Las siguientes dos horas las paso llevando fardos de la cubierta a la bodega, subiendo y bajando escalones por una escalerilla muy estrecha y muy empinada. Prefiero no imaginarme lo que puede ser en caso de tormenta el moverse por ella.

Amontonamos los fardos haciendo varios pisos con ellos, sujetándolos con recias cuerdas de cáñamo. Pesan mucho. En su mayoría, por lo que oigo comentar, contienen refinadas telas de terciopelo, de tafetán. A su lado puedo observar varios toneles repletos, según me comenta quien me dicta las órdenes, de artículos para carpintería, utensilios agrícolas. Mientras acarreo bultos, este me habla:

—Veo que tienes manos de señorito, grumete. Te las vas a despellejar vivas. Ponte alguna protección y si puedes, más vale que te apliques algún unguento esta noche. Si no, te garantizo que al llegar a las islas Canarias no podrás ni cerrar tus dedos para usar la cuchara al comer.

Miro mis manos. Son delicadas, pues solo se han ocupado de escribir, de pedir y de birlar. No están acostumbradas a estos trabajos, acusan lo ásperas que son las sogas y maromas que debemos manejar. En unos días estarán llenas de ampollas, desolladas. Algún remedio tendré que aplicarlas y, por de pronto, me he buscado unos guantes de paño que, aunque enojosos para trabajar, me ayudan a defender la piel de mis manos.

Al bajar a la bodega descubro la carga principal de nuestra embarcación: vino y aceite. Todo ello en botijas de cerámica, en serones de esparto, de una capacidad de tres arrobas⁵ cada una.

Ambos, productos primordiales para Las Indias. Allí, hasta ahora, casi no hay ni vides ni olivos. Sobre todo, el vino. Imprescindible para la consagración de la Eucaristía en las misas. Eso lo hace el bien máspreciado, nunca puede faltar.

—Válgame el cielo —mascullo para mí, pasmado, cuando veo su distribución.

Ocupan casi toda la bodega de la nave, alcanzando una altura de tres pisos y cada altura cuenta con unas espesas planchas de corcho aislándolas. Presumo que, gracias a las planchas de corcho y a los serones que protegen cada una de las botijas, los embates de las olas en caso de tormenta no afectaran demasiado a la carga. Además, se encuentran repartidas de forma tan equilibrada que ayudaran en las tareas de estabilizar la nao en su navegación.

Por último, hay una parte, en el centro mismo de la bodega, vacía. Me pregunto a qué estará destinada.

Al cabo de las dos horas, suenan unos golpes de metal contra metal. Un sonido muy característico que a mi acompañante le hace cambiar el semblante.

5 Unos 40 litros aproximadamente.

—A cenar, que nos lo hemos merecido.

Así descubro el lugar en el barco habilitado para cocinar. Sobre la cubierta, en la zona de proa, encajonado en medio de ella y protegido por fuertes tablones, está el fogón. Apartado y fácil de vigilar, pues no hay mayor riesgo en la nave que un fuego provocado por el descuido de alguien, o por el viento, su otro gran amigo. La nave, toda de madera, ardería como una tea.

En medio de los tablones, una parrilla y, bajo ella, un fuego de estrechos leños y pequeñas astillas ardientes para calentar la comida.

El marinero me habla, ahora, con voz más cercana, en su tono creo percibir una cierta compasión hacia mi persona.

—Novato, te has portado bien en el trabajo, esforzándote, sin escaquearte y por ello hemos cumplido con lo ordenado por Dionisio. Me llamo Andrés y en pago de tu afán, por esta noche y esperando te sigas comportando igual en los días venideros, te invito a sentarte a cenar con mi cuadrilla.

—Agradecidísimo, señor Andrés, no tendrá ninguna queja de mí, se lo aseguro —le respondo rebosante de gratitud.

—Lo primero, guarda tu petate en este arcón. Es nuestro arcón familiar. Ya te explicaré. Estará a buen recaudo.

Aunque con cierto temor, guardo mis preciadas «riquezas» en él y me tranquilizo un poco al oír cómo suenan sus hebillas y cerraduras al ajustarse. Veo otros cinco arcones similares repartidos a distancias regulares por la cubierta, anclados con fuerza al suelo de la misma. Y de pie, apoyado en su borde, prosigue su hablar conmigo:

—Esta primera noche es especial. Al estar en puerto todavía, se ha prendido la lumbre, esto solo se suele hacer al mediodía, y es costumbre preparar una pequeña celebración ante el inicio, mañana, de nuestro largo viaje —ve que miro la parrilla donde hay dos cazuelas calentándose—: ¿Tiene buen olor, verdad? Corresponden a dos de los grupos de camaradas que hay en la nao. Ya los irás conociendo. Aquí, en la nave, trabajamos y vivimos casi en cuadrillas, de seis u ocho personas cada una. Algunas como la mía, que espero

te portes tan bien como esta tarde y sea la tuya también, son de familiares, otras de amigos. En mi caso de cuñados y vecinos de mi pueblo a los que ahora conocerás.

—¡Ahh! —musito agradecido por su amable explicación.

—Cada cuadrilla suele tener elegido un cocinero que es quien prepara y vigila en el fuego el potaje o la cazuela que se vaya a comer. Un buen guiso no tiene precio. Al estómago le gusta recibir algo con mucha sustancia y bien caliente —y me arrea un palmetazo en la espalda que me hace tambalear. Veo que se acerca aquel a quien avisó para que cuidase de mis pobres enseres—. Y este es nuestro cocinero, Arturo, mi cuñado, el hermano menor de mi mujer, que nos ha preparado una olla con unos buenos garbanzos, algo de gallina y un buen trozo de tocino. Pronto descubrirás que es un magnífico cocinero.

Nos disponemos a cenar en torno al arcón, lo mismo que veo que ha hecho el resto de grupos de camaradas. Junto a Andrés, Arturo y mi persona se acomodan otros dos hombres que por lo que comentan, son vecinos del mismo pueblo. Total, cinco sevillanos a la mesa. Me parecen todos muy buenas personas, cercanos y amables, aunque de los dos nuevos, su acento andaluz es tan cerrado que me cuesta entender lo que dicen.

Al sentarnos se acerca también uno de los tripulantes más enigmáticos del barco. Se trata de un marino maduro, con bigote y el pelo lacio recogido en una coleta corta a su espalda, de unos cuarenta años, delgado pero muy fibroso al que todos tratan con gran respeto.

—A la paz de Dios. La verdad, Arturo, es que huele que alimenta el guiso que has preparado. Y eso que la compañía podía echarlo a perder —y señala hacia las jaulas y los animales que, aunque algo alejados, nos atufan con el olor que desprenden. Gracias a Dios, una suave brisa lo aleja en dirección contraria.

—Toma asiento, Francisco, y disfruta de la cena —le dice el saludado.

Me quedo observándolo, pues desde mi embarque es una persona que me ha llamado la atención. Tiene un aire triste pero a la

vez se le ve medurado y, según creo, parece tener ascendente sobre el resto de los marineros.

—Te presentaré, grumete. Ya sabes que yo soy Andrés y este mi cuñado Arturo, el que mejor cocina de la nao. Estos dos son Martín y Juan, vecinos de mi pueblo, Coria del Río. A Francisco no lo conoces, pero ya le conocerás. Y sabrás de su experiencia y buen hacer en la navegación.

—Por cierto, novato —me dice Arturo mientras en sus manos me alarga unos utensilios de madera y una especie de taza de hojalata—, toma tu escudilla, tu cuchara y tu cuartillo *quel* despen-sero, Faustino, me ha *dao pa* ti. Y *pa* nosotros esta jarra de vino y este medio pan blanco tan tierno como si lo acabasen de hacer. ¡Limpiad bien el plato con su miga, no quiero ver *ná de ná* en ellos cuando acabéis! —añade jocoso.

—Bien —exclamo para reclamar su atención y aclaro mi voz antes de continuar hablando—. Mi nombre es Gonzalo. Os diré que nací en Sevilla hace ya diecisiete años, aquí me he criado y hace poco decidí hacerme un hombre de provecho y aprender un oficio y, de entre todos los posibles, ¿cuál puede ser mejor que el de marinero? —se lo explico sonriente mientras miro a sus ojos para observar sus reacciones, aunque no añado mayores explicaciones, ya decidiré más adelante qué puedo contarles sin que lo dicho me comprometa.

Arturo sitúa la olla humeante frente a sus rodillas. Primero, rellena de vino los cuartillos de hojalata y corta con mano experta una buena rebanada de pan para cada uno. Después, utilizando una cuchara de madera grande, con lo que percibo que está muy preparado para estos menesteres, nos pide la escudilla y la completa del potaje que ha preparado sirviéndonos, a cada uno, una cantidad similar y vigilando que todas ellas contengan garbanzos, gallina y tocino.

El simple aroma abre el apetito y cuando lo probamos, todos son alabanzas para él. Promete ser un compañero de viaje muy apreciado por mi estómago.

Entre cucharada y cucharada me aconseja:

—Gonzalo, aprovéchate y come bien que aquí solo se hace caliente una vez al día, al mediodía. Y eso siempre *quel* tiempo lo permite. En caso de mala mar o temporal, a comer frío. Esos días, salazones, quesos y embutidos que no necesitan de fuego.

Mientras los andaluces ríen y se ponen al día de sus andanzas, veo a Francisco enfrascado en su cena y mi mirada se dirige al resto de tripulantes de la nao. Se han agrupado también en cuatro corros de seis u ocho personas dejando libre la zona del arcón más cercana a los animales, pues allí no hay quien aguante.

Mentalmente calculo que los marineros son unos treinta. Sumo los dos grumetes que somos y al despensero que me acaban de mencionar. Si agrego al contramaestre y supongo que tendremos un capitán, alcanzo la cifra de unos treinta y cinco tripulantes. Me parece muy aquilatado.

Por sus movimientos, por la ausencia de nerviosismo, todos me parecen, también, bastante expertos, hacen que cierta confianza se asiente en mi corazón.

En mi revista veo un grupo que come directamente de la cazuela, metiendo la cuchara y llevándosela a la boca. Incluso llego a apreciar cómo, en él, un marinero con un parche en su ojo izquierdo, mete los dedos dentro de la misma para coger su parte, aunque los demás le abroncan. Hablan bastante alto en comparación con el resto de la tripulación y algún que otro taco sale de sus bocas.

Me disgusta esa actitud. Además, me han parecido un tanto pendencieros. Me suscita intranquilidad pensar en el tiempo que vamos a tener que pasar juntos. Doy gracias por haber caído en un grupo de «cordiales» de la nave.

Terminada la cena, remoamos los utensilios que hemos utilizado en un balde de agua del río. Junto con la olla y el cucharón se va todo a una gran bolsa que guarda Arturo para su próximo uso. Al final, este se deleita con un sonoro: «¡¡Agua va!!», cuando arroja el agua del balde a la corriente del Guadalquivir.

La noche va cayendo. Junto a los arcones se hacen charlas, y cada vez van bajando más los tonos de las voces. El cansancio del día aparece y la necesidad de dormir se deja sentir. Observo cómo Andrés abre el arcón de nuevo y saca un colchoncillo.

—Novato, ve a aquel extremo —y me indica un armario en el esquinón de la cubierta donde hemos estado cenando—, y coge un jergón de los que hay allí. A partir de ahora esa será tu colchoneta para dormir. Cuídalo igual que el cuenco, la cuchara y tu cuartillo. Si lo pierdes o te lo «despistan», deberás dormir sobre la dura madera todas las noches y te aseguro que no es nada cómodo.

Me acerco al lugar y tras abrir el armario, cuando voy a coger el más cercano, una mano dura y callosa se adelanta y me lo arrebató. Un hombre de mi estatura, de unos treinta años, con barba de cuatro o cinco días, que desprende un aliento desagradable, me aparta de un empujón y coge el jergón que iba a elegir. Su cara me suena del grupo bullidor que he observado en la cena. Juraría que parecía su cabecilla.

—Quita de aquí, mequetrefe. Aparta y deja sitio a los marineros de verdad.

Me solivianta su actitud pero intento ser comedido y le respondo con educación, aunque intentando dar firmeza a mis palabras,

—No hace falta que me hable y me trate así. Entiendo que soy un novato y que debo aprender. Voy a ser grumete en este barco y no deseo pendencias. Me llamo Gonzalo —y le tiendo una mano en señal de amistad.

El marinero me la aparta de un manotazo.

—Pues menudo grumete resabido e insolente vamos a tener —me dice mientras me observa descaradamente con una mueca de desprecio en su mirada—. Que sepas que mi nombre es Rodrigo. Acuérdate de él. Ahora guárdate esa mano y procura, en adelante, no molestarme —y dándome la espalda se lleva mi jergón.

La ira me consume. No hay situación que más me enfurezca que sentirme menospreciado y pienso que aquello no acabará ahí, que un día le enseñaré quien es Gonzalo Ulloa, aunque ahora mis-

mo lo más importante para mí es salir de Sevilla e iniciar mi nueva vida. Aun así, algo en su semblante, en el tono de su voz, tan amenazador e insultante, me altera y me asusta. Debo mantenerme alejado de él.

Cojo otra colchoneta y me encamino al lado de Andrés. Este ya se ha tumbado, dispuesto a conciliar el sueño. La noche es fresca, pues en el mes de abril, una vez el sol se oculta y deja de calentar, el relente ocupa su lugar y se deja sentir junto a la humedad del río.

Intentando no hacer ruido abro de nuevo el arcón. Busco en él mi petate y extraigo el sobretodo y lo utilizo para taparme. Con el resto lío algo parecido a una almohada y busco descansar mi cabeza sobre ella. Me tranquiliza dormir así, teniendo vigilados mis tesoros.

Antes de buscar el sueño, escucho la voz de Andrés.

—Gonzalo, te estas comportando bien, pareces educado. Sigue así y mañana te enseñaré mi pueblo. Pasaremos por él, pues está en la orilla del Guadalquivir. Es posible que incluso te señale mi casa y quizás veas a mi mujer, Rocío, pues puede que esté en la orilla, para despedirme. Si tenemos buena mar a la ida, a lo mejor en tres meses estemos de regreso pero si no es así, pudiera no volver a verla hasta dentro de un año —y al decir estas últimas palabras escucho cómo se quiebra su voz.

Me hace pensar en el viaje que voy a comenzar. Aunque yo no tengo de quién despedirme, sí que es el inicio de una nueva vida, de una gran aventura. Quizás me lleve a un buen camino, pero es posible que no. Y eso me inquieta. Desde mi corazón dejo escapar dos ruegos, el primero a la Virgen de la Esperanza y el segundo a mi madre, para que me ayuden desde el cielo. No soy mucho de misas y rezos, pero mi vida con los frailes me ha contagiado ciertas costumbres.

—Gracias, señor —le digo en voz baja—, por haberme cuidado y enseñado esta tarde en mi primera jornada de trabajo. Le estoy muy agradecido.

—No te preocupes y no me des las gracias —y recuperando su voz adusta inicial, me habla—: Cumple con tus quehaceres, que

muchos dolores de cabeza te van a traer. Ya he visto que has tenido un encontronazo con Rodrigo. Ten cuidado con él, le conozco del viaje anterior y es buen marinero pero también peligroso. Y ahora, descansa.

Cierro los ojos y pienso en la recomendación de Andrés. Su referencia a Rodrigo me incomoda, pero por poco tiempo, pues no me cuesta nada dormirme. La mañana siguiente traerá el inicio de mi escapada.